

ha confiado, así como mi reconocida insuficiencia, no me hayan permitido recoger noticias más completas sobre el hombre digno que nos roba hoy la muerte, ni emplear un lenguaje digno de vuestra ilustracion y del acto solemne que nos reúne. Cábeme, no obstante, la satisfaccion de demostrar á mis hermanos filoiátricos todo el afecto que me inspiran, y la no ménos grande de manifestar públicamente todo el respeto, cariño y veneracion que siempre he abrigado y abrigaré hácia el finado Sr. Jimenez, acometiendo esta empresa superior á mis fuerzas.

Señores, para terminar mi cansado discurso, os ruego me acompañeis á colocar sobre esa tumba, que en breve nos ocultará para siempre una prenda tan cara á nuestro corazon, una corona de siempreviva, simpático emblema del imperecedero recuerdo que deja entre nosotros, un hombre que á ejemplo de Solon, cultivó la ciencia hasta las últimas horas de su vida; un hombre que al descender hoy á la fúnebre morada de los que ya no son, deja á sus amigos sumidos en el más amargo llanto, un vacío inmenso en la ciencia, en la sociedad, en la familia.—HE DICHO.

RAMOS.

Mártir de su mision, apóstol santo,
Sus alas al tender al infinito,
Deja un reguero de fecundo llanto
Y esculpido su nombre en el granito.

R. RODRIGUEZ RIVERA.

SEÑORES:

CUANDO la tristísima noticia de un acontecimiento irreparable hiere con ruda mano una hermosa esperanza; cuando el amargo acento de todos los lábios repite á nuestro oído que desapareció de nuestro lado quien llevaba el estandarte de la abnegacion y el escudo brillante de la filantropía; entónces, en medio de un cielo que nos abrumba como el pesar: el llanto, la gratitud y el reconocimiento son las únicas flores que nosotros depositamos en el altar que el sentimiento de todos erige en el corazon de cada uno.

Triste es ver que la verificacion de un acontecimiento necesario, nos priva para siempre de uno de los benefactores de la humanidad.—Hoy, con el más profundo dolor exhalamos con este *adios* un gemido, que es para esa humanidad el canto imperecedero del reconocimiento por beneficios recibidos.

Vosotros conocisteis al padre infatigable, de la que hoy se envuelve en el manto del sufrimiento, de la Filoiátrica. Vosotros habeis sido tes-

tigos de la actividad inquebrantable y jamás desmentida que era la bandera en todos los actos de su vida, siempre en beneficio de los hombres, siempre en beneficio de la sociedad. Sería en vano que el acento de mi voz quisiera apreciar su importancia filosófica y social; para vosotros, basta que mis labios pronuncien el nombre inmortal del Dr. Lauro María Jimenez.

Apoyada en su brillante inteligencia la poderosa palanca de su robusta instrucción, guiada de su corazón por el afecto, era la savia nutritiva de la juventud de Medicina, era el arma indestructible del valiente soldado del progreso en el campo de la ciencia, pronto para arrostrar los innumerables sufrimientos de los hijos de Hipócrates, y recibir en cambio la inmarcesible corona, cuya primera hoja es nuestra tierna despedida.

Lloramos con tanta amargura esta irreparable pérdida, ya porque nos unian á él los sublimes lazos de una firme amistad; ya porque de muy cerca seguíamos sus pasos, admirando siempre el temple de su alma, que con fé poderosa y firmísimo valor seguía siempre adelante, venciendo los obstáculos, y haciendo con sus despojos el puente que guiaría á la juventud al porvenir.

Siempre en sus labios la sonrisa y en su pecho la satisfacción, derramaba por todas partes, ya las perfumadas flores de la experiencia del hombre, ya los sazonados frutos del sacerdocio del médico, ya las exquisitas semillas del saber profundo. . . Mas ¡ay! esto era ayer, cuando entre el aplauso de todos tocaba el zenit de su grandeza; pero hoy, todo acabó; en el templo sagrado de la ciencia está un lugar vacío, y más allá, en su tranquilo hogar, la sombra del infortunio envuelve en su crespon, esos seres que su bello conjunto constituyen la familia.

Su paso hácia la tumba descorrió el velo de su grandeza. Su recuerdo en nuestros corazones queda cubierto con la luz de la gloria y el perfume de la gratitud. Su nombre pasará á ocupar un sitio de predilección en el templo de la inmortalidad.

México, Abril 29 de 1875.

L. E. Ruiz.

EL lamentable acontecimiento que nos reúne aquí, es la pérdida para las Sociedades científicas de uno de sus miembros más ilustres. La Sociedad Filoiátrica, luchando con las actuales circunstancias, viene, sin embargo, con cariño y respeto á cumplir con un deber sagrado que se impuso para con sus socios.